

Capítulo 4: La Llegada de Gabriela

El viento cálido de la tarde mecía los árboles alrededor del Hotel Marigold, mientras Gabriela descendía del taxi que la había traído desde la estación. Su expresión era tranquila, pero sus ojos mostraban el cansancio acumulado de quien ha recorrido mucho, tanto por dentro como por fuera. Había viajado por incontables países, explorado culturas, y siempre estuvo en movimiento, buscando algo que nunca terminaba de hallar. Pero al descubrir el Marigold, algo en ella le dijo que quizá había llegado el momento de parar, de reposar su espíritu.

El hotel, con su fachada antigua y sus detalles desgastados pero elegantes, le recordaba a los lugares que había visto en sus viajes: el eco de tiempos mejores, pero también una promesa de nuevas historias.

Gabriela tomó aire antes de cruzar el umbral del hotel. Mientras el recepcionista le entregaba la llave de su habitación, sintió una mezcla de calma y expectativa. Sabía que este lugar, más que cualquier otro, podría ofrecerle lo que había estado buscando: un descanso verdadero, un hogar temporal donde no necesitara explicarse, solo ser.

Después de dejar su equipaje en su nueva habitación —sencilla, pero acogedora— decidió bajar al comedor. Era la hora del té, y podía escuchar el suave murmullo de conversaciones provenientes de la sala común. No tenía hambre, pero deseaba algo más que comida: compañía, o al menos la posibilidad de conectar con otras personas sin sentirse juzgada.

Al entrar al comedor, se encontró con un grupo pequeño. Raúl estaba sentado en una esquina, hojeando un libro que parecía demasiado denso incluso para él. Clara y Sofía charlaban animadamente, y Carmen, elegante como siempre, estaba cerca de la ventana, observando el jardín con una expresión serena.

Gabriela se acercó a la mesa de Carmen, donde había una silla libre.

—¿Te importa si me uno? —preguntó, intentando sonar más segura de lo que realmente se sentía.

Carmen la miró con una sonrisa cálida y asintió con suavidad.

—Por supuesto. Adelante, siéntate. Eres nueva, ¿verdad?

—Sí, llegué hoy mismo. Gabriela —se presentó mientras tomaba asiento.

—Carmen. Bienvenida al Marigold. Es un lugar especial, aunque lo descubrirás por ti misma.

Gabriela agradeció con un gesto y, al poco tiempo, Raúl dejó su libro a un lado y se unió a la conversación.

—¿Viajaste mucho antes de llegar aquí? —preguntó Raúl, con la curiosidad de quien ha pasado mucho tiempo en el mismo lugar y disfruta de escuchar sobre mundos lejanos.

Gabriela sonrió, aunque era una sonrisa teñida de nostalgia.

—He pasado los últimos años moviéndome de un lugar a otro. Viví en Sudamérica, luego Asia... pero algo me decía que no había encontrado lo que estaba buscando. Y cuando leí sobre el Hotel Marigold, supe que este sería un buen lugar para descansar un tiempo.

—¿Y qué es lo que buscas? —preguntó Sofía, que había estado escuchando en silencio hasta ese momento.

Gabriela se quedó pensativa. No había hablado de esto con muchas personas. A menudo, cuando intentaba explicar sus motivaciones, las miradas de los otros cambiaban. Algunos la veían como una soñadora perdida, otros como alguien que no quería enfrentar la vida real. Pero en este lugar, sentía algo diferente.

—No lo sé exactamente —admitió Gabriela—. Supongo que busco... paz. Un lugar donde pueda estar quieta sin sentir que me falta algo. He pasado tanto tiempo en movimiento, persiguiendo experiencias, que me olvidé de lo que es estar en paz conmigo misma. Y el Marigold me pareció un lugar donde podría intentarlo.

Carmen asintió lentamente, sus ojos mostraban comprensión. —Este lugar tiene ese efecto en las personas. No se trata solo de estar quieto, sino de estar rodeado de personas que te permiten ser quien eres, sin pedir nada a cambio.

Gabriela comentó en tono entre pensativo y melancólico:

"A veces creo que es increíble el camino de la vida, y como te va llevando hacia lugares increíbles.

Luego de cortar una relación de 4 años, hice un viaje a Mendoza, con mi mejor amiga.

Allí conocí algunas personas viajeras, que me inspiraron a viajar por el mundo, desde Argentina.

Me fuí a vivir a Francia, y allí conocí un amor que me enseñó nuevos idiomas. Eso me abrió nuevas puertas laborales. Trabajé en los Alpes, y allí conocí nuevos amores y amistades que me fueron llevando por nuevas puertas.

Lo que quiero decir con esto es que pequeñas o grandes decisiones pueden cambiar tu vida completamente.

No sabemos el futuro, pero sí tenemos el HOY.

Hagamos cosas nuevas, nos abrimos a nuevos caminos, y nos dejemos llevar con el viento por el camino de la vida."

Raúl sonrió levemente, como si estuviera recordando algo.

—Aquí nadie te juzga. Bueno, Ginés podría hacer alguna broma, pero de eso nunca te libras —dijo, con un tono de humor ligero.

Gabriela se rio suavemente, agradecida por la calidez que percibía. Había temido que la soledad la siguiera incluso hasta aquí, pero este primer encuentro la hizo sentir lo contrario: como si finalmente hubiera encontrado un lugar donde sus palabras no caían en el vacío, donde las personas escuchaban sin interpretar demasiado.

—Es extraño —dijo después de un momento—. En muchos de los lugares en los que he estado, sentía que siempre tenía que demostrar algo. Ser interesante, o encajar en algún molde. Pero aquí... no siento eso.

Carmen asintió, con una sonrisa sabia.

—Eso es porque todos hemos llegado aquí con nuestras propias historias y cicatrices. Nadie está intentando impresionarse. Solo estamos... coexistiendo.

Gabriela asintió lentamente. Era la verdad que necesitaba escuchar. Ella misma no tenía que impresionar a nadie, ni justificar sus decisiones pasadas. Aquí, en este rincón apartado, en el viejo Hotel Marigold, podía ser simplemente Gabriela.

La tarde avanzaba, y poco a poco los demás residentes se acercaron al grupo. Incluso Ginés, quien no tardó en hacer una broma ligera sobre lo exótico que sonaba "buscar paz" después de recorrer medio mundo. Gabriela, en vez de sentirse ofendida, sonrió. Algo en el tono cálido de Ginés hacía que todo sonara menos serio, más llevadero.

Cuando finalmente se retiró a su habitación, se sintió extrañamente reconfortada. Estaba cansada, pero de un modo diferente, como si finalmente pudiera descansar no solo el cuerpo, sino también el alma. Al meterse bajo las sábanas, escuchó el crujido suave del edificio antiguo, y sonrió para sí misma.

Por primera vez en mucho tiempo, Gabriela sentía que había llegado a donde debía estar.

:Gabriela Figueroa (Argentina) En el Mercat de Pagès de Sagrada Família, el 06/10/2024